

Cuando la Rama Todavía Está Verde

Pubertad y Adolescencia

Por Agnes Ghaznavi

Traducido por Jaume de Marcos

Cuando los niños se hacen mayores -y eso ocurre tan deprisa que la pubertad ya está a las puertas antes de que uno se dé cuenta-, de pronto dicen que prefieren quedarse en casa para escuchar música o para hacer sus deberes, en vez de salir con la familia. Entonces, muy discretamente, o con un tono de desafío, querrán pasar el sábado y el domingo con sus amigos ¡tanto si se les da permiso como si no!

¿Recuerdan lo que ‘Abdu’l-Bahá dijo sobre la adolescencia?

"Una vez que ha pasado la pubertad, es muy difícil enseñar al individuo y refinar su carácter. Para entonces, como lo ha demostrado la experiencia, aun cuando se haga el mayor esfuerzo para modificar algunas de sus tendencias, ello no servirá de nada. Quizá pueda mejorar en algo hoy; pero días después se olvidará y volverá a su condición habitual y a sus costumbres. Por lo tanto, es en la más temprana niñez cuando debe ponerse el cimiento firme. Mientras la rama permanezca verde y tierna, puede enderezarse fácilmente" ⁽¹⁾.

¡Sólo puede educarse a un niño hasta que alcanza la pubertad! Por tanto, el tiempo disponible para realizar una verdadera tarea educadora es muy corto e intenso, pues los niños llegan a la pubertad mucho más pronto de lo que solían hacerlo en el pasado. ¿Son conscientes los padres de la brevedad de este lapso de tiempo -once, trece, quizás catorce años como máximo de la vida de sus hijos- durante el que pueden educarlos?

Educar es criar. Piense en una planta o un árbol por los que sienta aprecio. ¡Hasta qué punto se preocupa por el humus, el abono a los minerales que les suministra! ¡Cuán a menudo mira el árbol o la planta y se pregunta si tienen todos los que necesitan! Entonces los riega de acuerdo a sus necesidades, ni demasiado, ni muy poco. Corta las ramas de otros árboles para que llegue mejor la luz del sol. Luego los orienta, los apuntala, los poda, les quita las ramas secas y corta los retoños inútiles que les privan de la luz y del alimento procedente de la raíz.

¿Qué sucede si a una planta o un árbol les pone demasiado abono, o los riega demasiado? Sabe que se marchitan y mueren, pues se ha perdido el equilibrio; la planta está saturada y no puede seguir escogiendo lo que es necesario para su desarrollo armónico. Frecuentemente, los padres abruman a sus hijos de afecto, conocimientos o experiencia. Y esto suele ocurrir en el preciso momento en que los niños se convierten en adolescentes y reivindican su derecho a pensar, sentir y actuar de manera independiente. No lo hacen porque están en contra de sus padres. Sin embargo, muy a menudo los padres se sienten molestos; tienen la impresión de que su hijo es hostil hacia ellos. En este momento es útil que los padres se acuerden de la planta marchita por haber recibido en exceso una forma equivocada de cuidados.

En una familia bahá'í, esta desdichada evolución puede evitarse hasta cierto punto. Ante todo, Bahá'u'lláh exhorta a los padres a no educar a los hijos sin prepararlos para que mantengan una auténtica relación con Dios.

"Los padres deben esforzarse al máximo en criar a sus hijos para que sean devotos, pues si los niños no logran este, el más grande de los ornamentos, no obedecerán a sus padres, lo que en cierto sentido significa que no obedecerán a Dios. En verdad, tales niños no mostrarán consideración hacia nadie y harán exactamente lo que les plazca." ⁽²⁾.

A medida que se despliegan las facultades del niño como las hojas acurrucadas de una planta o un árbol, sus sentimientos y procesos mentales despiertan, crecen y se desarrollan. De forma natural, llegará a ver a sus padres como seres humanos y no semidioses. Son personas muy especiales para él, pues está vinculado con ellos por muchos lazos de afecto y amor. Además, los necesita muchísimo. Sin embargo, los niños de hoy en día son muy inteligentes. El Báb dijo:

"El recién nacido de ese Día superará al más sabio y venerable de los hombres de hoy, y el más humilde e iletrado de ese período sobrepasará en entendimiento al más erudito y consumado teólogo de esta época" ⁽³⁾.

Aunque sean niños, miran con ojos calculadores, y esos ojos y oídos están abiertos de par en par a los fallos y limitaciones de los demás. Si los padres intentan hacer creer a sus hijos que ellos -los padres- son intachables y no cometen nunca ningún error, que son seres humanos perfectos, estos niños tan inteligentes no tardarán en descubrir el engaño y les perderán el respeto. En cambio, si los padres se vuelven con humildad hacia Dios y buscan consejo en los Libros Sagrados, los niños contemplarán con temor reverencial que sus padres son seres humanos normales y corrientes, pero que buscan la guía de Dios y en su mundo, ellos también se volverán de manera instintiva hacia Dios y hacia su verdadero amor.

Ésta es la mayor protección para la relación entre los hijos y sus padres, especialmente cuando aquéllos crecen y se convierten en adolescentes y luego en adultos. Este lazo poderoso e invisible con Dios ayudará a hijos y padres a superar el momento difícil del paso a la edad adulta.

Cuando esta relación con Dios haya crecido en el corazón y en el alma del niño, éste no mirará a sus padres con los fríos ojos de un joven calculador y defraudado. Percibirá que sus padres son seres humanos iguales a él, que afrontan problemas, le protegen, le crían y le respetan como ser humano que se convierte en adolescente. Los padres deberían recordar que su hijo es “*una mina rica en gemas*”, una criatura de Dios. Es esencial que exista un respeto mutuo entre los padres y el hijo.

Notas

1. 'Abdu'l-Bahá, citado en Educación Bahá'í, pág. 27.
2. Bahá'u'lláh, citado en Educación Bahá'í, pág. 5.
3. El Báb, citado en Educación Bahá'í, pág. 5.

Fuente:

Agnes Ghaznavi.

La Familia: Manual de Reparaciones. Págs. 83-6.

Editorial Bahá'í de España (Barcelona-España)